

En la capital, al mes una peseta; fuera cuatro pesetas trimestre. Anuncios y comunicados a precios convencionales. Pago adelantado. NUMEROS SUETOS 5 CÉNTIMOS ATRASADOS 10

Las Provincias de Levante

Paquetes para la venta, a 0,75 pesetas mano de 25 ejemplares. Toda la correspondencia administrativa se dirigirá al administrador. D. Mateo Seliquer Jiménez Crédito Público, 1 No se devuelven los originales.

Año XV.-Núm. 4300

Murcia 5 de Febrero de 1900

Tres ediciones diarias

VINO TÓNICO MORENO.

Recomendado en las Convalecencias, Anemias, Clorosis, Debilidad general y Enfermedades del Estómago. Tónico poderoso.—Facilita notablemente el desarrollo y crecimiento de los niños. Utilísimo para las señoras en estado de embarazo y período de lactancia. De venta en la Farmacia de J. MORENO.—Camacho, 26. Murcia



Pídase en todos los hoteles, fondas, ultramarinos, etc.

Representante en Murcia, D. José Ruiz Crespo, Ceballos, 22 15-15

Para los agricultores

Guano Británico.—MARCA EL LABRADOR

CLASE EXTRA CALIDAD GARANTIZADA.—Precios sin competencia, grandes rebajas desde 30.000 kilos en adelante. Almacén general en Torreveja, depósitos en las principales poblaciones. Para los pedidos dirigirse a D. Pelegrín Boigues, Agente general en Torreveja. REPRESENTANTE EN ORIHUELA, D. JOSE MARIA SARABIA Calderón de la Barca, frente a la Glorieta, y Santiago, 1. Representante en Beniel, D. Trinitario Martínez Representante en Callosa de S. Jura, D. José Galiana é hijos. 30-30

Ramón Díaz Hermanos
COSECHEROS, ALMACENISTAS Y EXPORTADORES DE VINO
JEREZ DE LA FRONTERA
Proveedores de la Real Casa y de S. A. R. el Duque de Montpensier
COGNAC Y VINOS DE JEREZ SUPERIORES
Puntos de venta: Hoteles, Fondas, Restaurants, Casino, Ateneo, Cafés y Ultramarinos.
Representante en Murcia, Almería y Alicante, D. José Ruiz Crespo, Ceballos 22, Murcia. 15-13

ESTOMAGO ARTIFICIAL
Representante en la provincia
JOSE M. CASTELLO
CARTAGENA

GRAN OCASSION CALZADO GRATIS
puede adquirirlo con poco trabajo todo aquel que quiera dedicar un rato de ocio distribuyendo cuatro talones que al efecto se le entregarán en el establecimiento de calzados que hay en la calle de la Frontera, núm. 33. Para más detalles en dicho establecimiento.
No confundirse.—Frontera, 33, frente a la funeraria de Garrido 8-3

Todo el mundo lo dice:
BOVRIL
No hay mejor carne líquida ni mejor carne en pasta
Una onza de BOVRIL, cincuenta de carne
Botellas chicas, a DOS reales.
Botellas mayores, a SEIS reales.
Botellas mucho mayores (el doble), a ONCE reales.
Botellas grandes (el doble), a VEINTE reales.
Compañía BOVRIL
Capital: Pesetas 62.500.000
Solo se vende en las buenas farmacias, droguerías y ultramarinos.
AGENTE EN LAS PROVINCIAS DE LEVANTE
PARDO DE LATORRE
Crespins, 2, entr. VALENCIA
15-11

BOLLERIA DE VERONICAS
Desde hoy se expenderán en dicha bollería, además del pan verdadero de trigo solo, los géneros siguientes:
PARA EL DESAYUNO
Las ricas bombas y bollos de leche para el chocolate.
Ensamadas de manteca.
Bollos mallorquines.
Los ricos pepes.
Rosquillas sevillanas.
Y las gustosas tortas de manteca con chicharrones.
Todo con el mayor aseo y gusto a precios muy económicos.
Visita dicho establecimiento y os convenceréis que no hay mejor desayuno que los que ofrece la Bollería de Verónicas
Contigua a la entrada Postigos del Almudí 8-3

La Unión Franco-Española
Fábrica de conservas al vapor
Tomate al natural pelado: botes de 12 centímetros a 26 cts. de peseta, sobre vagón. Se garantiza su contenido.
Los pedidos, a José Egea Martínez, Aljocer (Murcia). 30-15
SE COMPRA en la calle del Cigarral número 23, toda clase de monedas de oro y plata extranjeras y duros isabelinos.
SE VENDE una máquina de hacer media, en muy buenas condiciones. Darán razón en la calle de a Sal, casa de D. Eleuterio Eicolas. 3-3

Por tierras de Levante

CARTAGENA

Esto sí que es África; es decir, esto sí corresponde a la idea literaria que nos formamos del África los que no hemos estado en ella y la conocemos por las descripciones de Amichis y Fromentin. Desde que se sale de la estación de Murcia, tan clara y alegre, que perfuman los ramilletes de jazmines y malvarrosa, y se deja atrás la huerta, bien cuidada y regada, con sus frutales doblándose al peso de la fruta y sus orlas de cañaverales, se entra en una especie de ardiente desierto, salpicado de oasis, que son quintas y villas. Pelados y escuetos montes; arenales amarillos; rígidos setos de chumberas, recortados con durezas de metal sobre el fondo del paisaje, y en cuyas espigas desgarraría sus alas la brisa, si brisa hubiese; pozos que sombrean una palmera y que recuerdan pasajes bíblicos; norias árabes, que voltean paciente macho, y a veces, en la tierra esponjosa y caliza, abierta la boca de una cueva, que supongo habitada. Las pocas chozas esparcidas por este desierto sahariano son de blanquinosos adobes, y las casas—noto por primera vez su forma singular—son cubos casi sin ventanas, deslumbrantes de blancura, con azoteas en vez de tejado—lo mismo que las de Tánger y Orán.—El esbelto fuste y la gallarda corona de la palmera completan la decoración.

Hacia Balsicas la vegetación reaparece, y a mí se me llena el alma de memorias. De aquí salió cubierto de todas las rosas del mes de Mayo, un fétoro traído desde las orillas del celeste mar Menor. Pero—no sé darme cuenta del motivo—la verdad es que en esta tierra las ideas de muerte desaparecen: todo es vida, claridad, vibración, la inmortal alegría de la existencia según se difunde por nuestro espíritu. Sucede aquí lo propio que en esos deliciosos cementerios turcos, que son jardines, bosques, alamedas, sitios de recreo—cuálquier cosa menos sepulturas.—Hay horas en que nos sentimos vivir, y nunca quetemos dar crédito a que la vida ha de acabarse. Quizá sea un cuento de la Edad Media eso del *morir habemos*. Si es verdad, no lo parece a orillas del Mediterráneo.

Su aliento refresca desde Balsicas el aire; nos acercamos a la costa; la brisa húmeda acaricia las ramas flexibles de los pimenteros y el follaje de los pálidos almendros, ya enrarecido por la otoñada. Sobre el horizonte de un anaranjado fino, negrean las aspas de los molinos de viento, quietas, dormidas, seguras de que no ha de resucitar D. Quijote. En las cercanías de Cartagena, infinidad de blancas quintas, jardines y huertos: una amenidad artificial, atildada, graciosa. Y el interior del pueblo, más grande de lo que creí, conserva su aspecto de presidio militar, señoreado por el palacio del Gobernador, como si fuese una ciudad colonial donde la fuerza dominase, conservando el orden.

Recorriendo las calles, pocas mujeres y muchos soldados; en el puerto, una marina que chapurrea italiano y francés para ofrecernos un paseo en bote, creyéndome extranjera. En este puerto desembarca todas las semanas una tribu cosmopolita: franceses, judíos moros (parroquianos del balneario de Fortuna), ingleses, turistas, frailes misioneros. La racha que hace palpitante la vela de los barquitos, viene tal vez de las montañas del Atlas. Y yo siento, en el puerto de Cartagena, un deseo inmenso de irme hacia la costa africana en el primer vapor que lleve ese rumbo. Parece que me brotan alas de golondrina. El invierno se acerca: ¡qué grato será pasarlo en Tánger!

Aquella es la tierra de nuestros sueños precolombianos; aquellas las razas que expulsamos, pero cuyo espíritu, sin duda en venganza, no se aparta de nosotros un instante. Seguir y no parar hasta el África sería completar mi itinerario, y convencerme plenamente de que no hubo tal D. Opas, ni tal Cava, ni tal Guadalete, sino que aquí se vinieron los sarracenos... porque tenían que venir. Y acaso sería también medio de comprobar que al África se la calumnian, cerciorándome de la mucha razón con que repetía el fondista de Cartagena: «Si quiero usted recorrer un país donde se respeta a la mujer y nadie extraña verla sola... vaya usted al África.»

Algo semejante me habían dicho mis amigos los Padres franciscanos, tan bien hallados con la gente mora. ¡África! Si no es hoy, otra vez será... O me muero muy pronto, o he de tomar café en dedalitos dorados, bajo las arcadas de filigrana de un patio de Tánger. A visitar el Arsenal. La empresa no es tan fácil como parecerá así al pronto. A la puerta, un centinela me dirigió a la Comandancia. Oficina española, huelga decir que no había en ella alma viviente, excepto un portero, sin facultades para expedir el pase.

Acudí al oficial de guardia, que a la sombra de frondoso árbol, sentado en un banco, fumaba tranquilamente. El oficial llamó a otro—el cual no pudo acudir, porque dormía la siesta.—Y en vista de que era incompatible el descanso de la oficialidad con mi deseo de obtener pase, se prescindió de ese requisito, y sin más trámites me acompañó un soldadillo por almacenes, diques, dársenas, muelles, talleres y astilleros. Vi fundir torpedos y montar cañones, y vi la mole del crucero en construcción «Cataluña», semejante a la osamenta de un animalazo antediluviano.

El «Cataluña», según noticias, está desde hace diez años allí; cuando se bote al agua, habrá pasado de moda diez veces. Dicen los inteligentes que un buque de guerra debe quedar listo en un año. Más valdrá no hablar de estas cosas... Algún aislado martillazo que oía yo resonar en las profundidades de la enorme máquina, en vez de hacerme creer que adelantaba, me infundía la persuasión de que no iba a terminarse nunca. Y confirmaban esta aprensión las placas de blindaje que andaban por el suelo,—caídas, como nuestro ánimo.

No entiendo de lo que aquí se fabrica, y prefiero reparar los recuerdos históricos de Cartagena. Descuella en estos últimos tiempos aquella página que arrancó a la tribuna española tan soberanos acontos de indignación, y cuyo testimonio consero en una moneda de plata, un duro, acuñado sin duda en alguno de estos talleres, y donde se lee: «Cartagena sitiada por los centralistas». Al lado de este episodio histórico, la memoria caprichosa evoca otro bien distinto: el de la eternamente encomiada contiaencia del más ilustre de los infinitos Escipiones: el que lleva el simpático sobre nombre de el Africano.

Cuando este Escipión, profundo psicólogo a pesar de sus cortos años, tomó a Cartagena, comprendió que lo único que no le perdonaría un régulo celtibero; o digase español, sería haber rasgado el velo virginal de su novia... Y como a Escipión, según la historia sigue refiriendo, le habían llevado a su tienda otras muchas doncellas, hay que suponer que pudo conciliar la política y la práctica de la moderación con todo lo más opuesto a esta virtud.

En la Cartagena actual, donde no veo una lápida ni un resto romano, al surgir el fantasma de Escipión, no surge de las ruinas y las rotas piedras. Sólo el dictado de Africano que ganó en otras orillas, le rodea aquí de aureola. Su asombroso genio militar adivinó que desde España hay que seguir al África: es el rumbo cierto, y desviarnos de él nos ha costado muy caro.

EMILIA PARDO BAZAN

ENTRE NOSOTRAS

(Escribo expresamente para LAS PROVINCIAS DE LEVANTE)

Sabed una cosa, lectoras queridas, y dicho sea en secreto, pues por ahora no es cosa pública: aquellas cenas indispensables después de particular y lujosa recepción, cenas doblemente sabrosas «para ser devoradas sotto voce en un corro», en torno a una mesa en que solo cupieran cuatro personas a lo sumo, tienen ya su «ampliación». Las mesitas esas no se usan únicamente para cenar después de una fiesta, sino para comer, es decir, para antes de la fiesta, o sea para ir de fiesta en fiesta y aun para «toner la fiesta en paz»; pocos y bien avenidos.

Si, amigas mías, es elegantísimo que en una comida con honores de banquete, se separen los invitados y se reúnan en grupos de cuatro ó cinco comensales, sentados a distintas mesas.

Dicen que esto es más pintoresco, más animado, más agradable...

¿Vamos a soñar un poquito?... Soñemos, alma, soñemos; y ya que tan mal nos va en este pícaro mundo, gracias a la pícaro humanidad, vamos a hacernos la ilusión de que dejamos de pertenecer a ella, un momento, nada más que mientras dura esta crónica; y vamos a figurarnos que somos... objetos de adorno.

Pensándolo bien, semejante comparación no resulta hoy tan disparatada; hoy que por faltar todo acabaremos por sobrar todos; y lo que es más triste aún; no por decreto del Altísimo, sino por otros decretos que tienen poca altura...

Si me preguntasen: «¿en cuales matices desear convertirme?», diría sin titubear que en negro durante el día y en blanco por la noche, pues no solo me agradan, en algunos casos, los extremos, sino que comprendo que las elegantes, y son muchas, enemigas del término medio, patrocinan esta innovación: vestir de negro durante el día, y acicalarse de blanco por la noche.

Si tuviera que trocarme en corpiño, sería blusa, teniendo en cuenta, al hacer tal cambio, que la utilidad es una gran cosa. La blusa sirve lo mismo en toilette de diario, que de ceremonia; la diferencia, la «categoría», depende del adorno, del corte y de que sea más ó menos... «abusada».

En clase de falda, yo renunciaría al honor

de la cola; preferiría ser falda redonda; predilección que hoy me privaría de usar en primera línea, ya que la cola se usa tanto; pero me resignaría contenta y ufana sin importarme nada estar *démodé*.

En el reino de los abrigos, optaría por ser, de día, gabancito corto, a la inglesa; de noche, capa magnífica, con amplias mangas, que así son las capas «de última». Nunca sería capa que llegara a mitad de la falda; sería *ó collet* muy corto, ó hasta el suelo...

Si en sombrero me convirtiera, elegiría la *toque* ante todo; para adornarme, rizadas plumas, apenas sujetas y sí magníficas.

Si me interrogasen que en cuál tela desearía trocarme, contestaría sin vacilar: —Durante el verano, en crepón de la China, color beige por la mañana; marrón, morado ó negro por la tarde, y blanco ó lila por la noche. En invierno sería paño azul, ó primera hora; cachemir verde por la tarde y de noche siciliana de tonos claros.

Si tuviera que convertirme en encaje, picando más alto, diría:

—Aspiro a ser valencienne con la ropa blanca; con la negra, Chantilly.

Fijándome en el calzado, escogería el escarpin para casa; para *soirée* el zapato de raso; blanco ó negro, según fuera el vestido; la media blanca de hilo de Escocia, para bota; para el zapato negro la negra y calada media; para el otro (el blanco); la blanca, «sin calar».

Pienso en las joyas, y se me ocurre, al seguir soñando, porque me resulta esto muy agradable, ya que tan desagradable suele ser la realidad, se me ocurre, digo, al pensar en las alhajas, que si tuviese que trocarme en reloj de bolsillo, sería pequeño, aplastado y de dos tapas.

Si tuviera que convertirme en pendientes, contestaría que optaba por ser hermosas perlas; si en sortija, un buen rubí; si en imperdible, magnífico zafiro con montura de oro liso, macizo; si en hebilla, fuerte, lisa y de oro también. Todo esto para diario.

Para lujo, para lucir más, procuraría ser *rivière* de brillantes, ó collar de esmeraldas; corona de perlas y brillantes; cadena de perlas y zafiros; pulseras, muchas pulseras, que fuesen otros tantos aros de brillantes uno, otro de turquesas, de rubies otro y así sucesivamente, a cual más preciosos, ostentando todas las piedras preciosas.

Seguiré en mi desvarío, y terminaré diciendo:

Si se tratara de convertirme en paraguas, sería de tela magnífica negra y puño en forma de muleta de oro liso, fuerte, mate.

Si tuviera que ser sombrilla, optaría por la tela blanca (en verano), con puño de oro y rubies; pero si no pudiera aspirar a otra cosa que al antipático término medio, y me obligaran a ser *en-tout-cas*, sería de gró marrón, azul, ó negro, con puño de plata muy labrada y en forma de cayado.

Y si me advirtieran:

—Ninguna de todas esas cosas puedes ser; conformate con ser guante,—me apresuraría a advertir, resignada, que elegía, si de cabritilla, ser guante blanco; si de piel de suecia, de color lila ó beige.

Pero basta ya de tonterías. Es hora de despertar...

Consten mis pobres preferencias; y cónste lo más esencial... para mí:

Puesto que no es posible variar, me conformo, filosófica y modestamente, con no ser más que

SALOMÉ NUÑEZ Y TOPETE.

BODA COLOSAL

Veinticinco pavos.—Siete borregos.—Treinta y cinco cabritos.—La mar de embutidos.—Trescientas cincuenta botellas.—Café.—Mil carrujes.—Ehohabuena. Nos escriben de Archena dándonos detalles de una boda que se ha celebrado en aquella villa el día 2 del actual.

Los nuevos esposos son la joven Pura Martínez Caracena y Manuel Abad, los cuales han sido apadrinados en el acto del matrimonio por D. José y D.ª Antonia Guardiola. La boda se celebró en una propiedad del padre de la novia, en el sitio denominado «El Hurtado».

Asistieron además de los de la familia, las Srta. Emiliana Ibañez y su hermana, Isabel y Rita Guardiola, Josefa García, Dolores y Emilia Ezequiel y otras muchísimas personas, de cuyos nombres no recuerda el comunicante con tanto sentimiento suyo. Por la mañana se sirvió un espléndido chocolate, y a las 12 la comida, que fué presidida por personas distinguidas del pueblo. En ella se consumieron nada menos que 25 pavos de 15 libras cada uno; 7 borregos de 35 libras cada uno también; 35 cabritos; todos los embutidos que había en la casa, pertenecientes a cinco cerdos, que en vivo pesó cada uno de 12 á 14 arrobas; y se vaciaron 350 botellas de vinos generosos y de toda clase de liciores.

Además hubo el correspondiente café y los indispensables habanos.

El agua ni siquiera la nombra el comu-

